



XXIX

La Pesca.

ES la pesca uno de los mayores elementos de vida por estas márgenes, y el comercio de sus producto un natural corolario; vamos á dar de mano al hacer una somera relación de los peces que más se pescan en el Papaloapan y su afluente el río de San Juan, amén de la manera de pescarlos y de los instrumentos más usuales para hacerlo.

Se da el nombre de *tismiche* á la cría de varios peces de escama; para cogerlos se toma una horqueta y se cubre con un lienzo cuadrado, el cual va amarrado por dos puntas á las extremidades de la horqueta, en tanto que las dos restantes quedan recogidas en el mango de dicha horqueta; de este modo dispuesta la trampa, con sumergirla un poco en el agua, empuñándola en contra de la manada de pecésillos, es segura la introducción de una multitud de animalitos en la bolsa; entonces se levanta la horqueta, déjase escurrir, y en

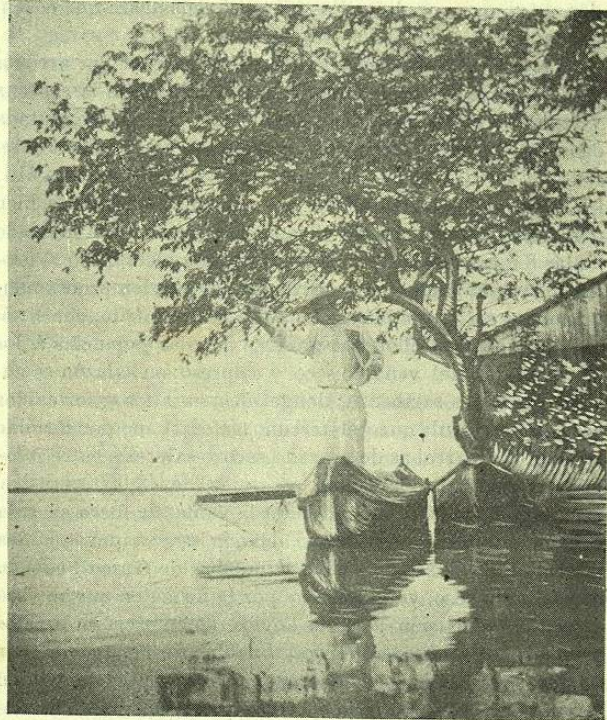
seguida el pescador deposita la pesca en una canasta; esta canasta tiene también un lienzo de cedazo á fin de que escurra un tanto más el agua y para que no se escapen los diminutos peces; de vuelta á la casa se ponen á cocer en poca agua con sal, epazote, tomate y chile para constituir un muy sabroso platillo; por las calles los venden sancochados, casi hechos una masa por lo pequeño del peje, y es la medida para la venta una taza chica de loza poblana; en la cocina lo guisan de varios modos; pero en torta aderezada con huevos es sabrosísimo bocado.

El *chagalpollo* es la larva, ó por mejor decir, la cría del camarón; se conocen dos clases principales: el blanco, que se vende seco, y el amarillo, que es el que se estaciona por estos contornos: este sirve de alimento y para *encarnar* los anzuelos. El *chagalpollo*, aunque venga en grandes cantidades, se pesca poco, porque es insípido para comerlo; sin embargo, la gente pobre con tupido redejón de mañana y tarde recorre las orillas del río pescando el depreciado crustáceo por estómagos que acostumbran regalarse con langostas conservadas en lasas de cara factura y con frescos langostinos recién pescados.

Es codiciada pesca la del langostino y la de la *jaiba*; para coger las *jaibas* se guarnecen aros de fierro (pa-



ra el efecto los de barriles son muy aplicados) con un pedazo de red; al aro se le ponen tres frenillos y una soga para tirar de ellos; el cebo para esta pesca son pedazos de pescado, ó agallas; cada tres ó cuatro minutos recógense los aros; la *jai-*



bas caídas en la especie de nasa se depositan en la embarcación que es necesaria para estas excursiones; una vez dentro de la piragua, se mancan en las coyunturas de las manos ó tenazas, porque como son andariegas pueden muy lindamente escaparse del depósito, ó morder furiosas con sus antenas que

son armas defensivas muy crueles; en la estación de aguas se pescan los langostinos, habiendo afortunado que los haya cogido con un peso de medio kilo; existen distintos modos de pescarlos; pero el más sencillo es en aros, semejantes á los que se emplean para las *jaibas*; la red con que van forrados estos aros son de mallas muy pequeñas para que el langostino no se salga.

El *robalo* es el pez más valioso de estos ríos; por arroyos que desaguan arriba del «San Juan» es abundante la cosecha y segura la pesca; se obtiene todo el año, aunque no en toda época esté gordo y crecido; es pescado muy comido en el terruño, y en el mercado se vende fresco y frito; en esta última forma todos los días, bien por muchachas callejeras, bien por viejas; las primeras lo expenden en la plaza del mercado de las 8 á las 11 del día; las otras van muy temprano al propio lugar con buen acopio de ruedas que venden prontamente; por las calles también se vocea el pescado frito; por sí sólo el *robalo* es un filón que produce pingües ganancias á los compradores del vendido seco y salpreso; en salazón se envía á mercados arribeños, donde alcanza altos y sostenidos precios; se calcula que del terruño salen al año por término medio 16,000 arrobas de pescado seco y salpreso, entre *jolote* y *robalo*, que representan un valor de 48,000 pesos; el *robalo* y el *jolote* destinado para la venta de fuera se sala convenientemente, es decir, no dejando lugar á que se pudra por falta de sal; salado recibe el nombre de *frescal*, cuando no está muy seco, y de *paloma* por la forma en que se abre el pescado al salarlo; para los envíos, se entercia en tupidos petates y así sale para México y Puebla principalmente, por ser plazas de mayor consumo; tiene más grande demanda en los días cercanos á la semana santa y en vísperas de la Noche buena. El *robalo* se pesca con redes, atarrayas, anzuelos, arpones, flechas, cañas y *cucharas*; sin temor de equivocarnos podemos asentar que el *robalo* fué el pez codiciado que trajo aquí á los primitivos pobladores de estas márgenes. Para el *jolote* — que baja con los resumos (avenidas) — colocan los pescadores á medio río palangres y espineles

también; para pesca más parcial, por las tardes invaden canoas encadenadas en la orilla, y muelles diseminados en ella, multitud de individuos que van con cordeles en busca del *jolote*, de carne blanda y sabrosa, y con él, del alimento cotidiano. Para la pesca del *robalo* existe una cuadrilla de pescadores en el barrio arriba y otra en el de abajo, dueños de ligeras piraguas, de las cuales se sirven en sus excursiones por el río y por lagunas y arroyos donde la pesca es segura; según las estaciones, así es la hora de la salida: en el verano suelen salir á prima noche y en el invierno á la media; el regreso es de madrugada con copiosa pesca que venden en el mercado público.

De Diciembre á Enero empiezan á entrar las mareas del mar; entonces los pescadores preparan cordeles de tres á cuatro milímetros de grueso y anzuelos en proporción, asegurados con cadenas ó alambres para evitar el que los animales los rompan con la fuerza de sus tirones, especialmente el tiburón que tiene en ambas mandíbulas más de 360 dientes como limas.

En las partes inundadas (por los suburbios todos los años, y dentro de la población periódicamente), las familias, por divertimento, se dedican á la pesca; para ello preparan varillas con anzuelos de los muy pequeños, ó los hacen de alfileres, pocas veces de agujas; las gentes acomodadas los mandan fabricar de plata ó de oro para ostentar lujo en cosas de poca monta; antes de ir á los lugares de pesca, escarban la tierra húmeda del patio para extraer las lombrices que allí se producen, las cuales van depositando en un trasto; para conservarlas vivas las cubren con la misma tierra en que estuvieron enterradas; con el trasto y una espaciosa cazuela toman rumbo hacia los lugares en que el agua ha inundado parte de la ciudad, contentando por el camino los percances de la pesca minúscula y alegrándose anticipadamente del resultado en las aficiones piscatorias; en esta simulación de pesca hay quien haga caer en el anzuelo á más de cien *rabirrubias*; caen también mojarritas, camarones, nacas y juiles; en la cazuela usada á manera de piscina, de-

positan los pecesillos con el fin de mantenerlos vivos; ya en casa con la diminuta pesca se procede á la fritura de nacas, rabirrubias, etc., etc., las cuales se comen regocijadamente sin pensar acaso en los perjuicios que deja una inundación.

Quien me ha dado los datos, que son la médula de este capítulo, es D. Diego B. de la Peña (D. Dieguito, como lo llamamos en el terruño), incansable pescador por afición y gran conocedor de los peces que viven por toda la comarca; me asegura, y á fe que no lo dudo, haber pescado en sus excursiones fluviales: peje espada,—algunos de un largor de siete metros;—pargos mulatos, jureles, tiburones, tortugas blancas, galápagos y jicoteas (tortugas pintas como las denominan por aquí); y, además, me cuenta el siguiente sucedido que pica en historia:

«El 10 de Abril de 1902 me embarqué, como es mi costumbre cuando dejo de la mano la huerta y del corte las legumbres, en mi *bonguito* con el firme propósito de pescar jicoteas, ó tortugas pintas; puse proa á un rancho de ganado denominado «La Magdalena,» que queda como á una milla de distancia de esta población, á la margen derecha del Papaloapan; amarré el bongo al tronco de un árbol, que, con otros tantos despojos, arrojados por el empuje de la corriente, estaba en la playa, por haber visto asomar algunas tortugas á flor de agua; apresté tres cordeles de un milímetro de grueso con sus correspondientes anzuelos, que no eran mayores de tres y medio centímetros; les puse de carnada pedacitos de plátano, los tiré en distintas direcciones y esperé pacientemente; porque, amigo mío, en esto de pescar el que se impacienta pierde la *carnada* y la pesca; á poco tiempo de estar en espera sentí tirar precipitadamente de uno de los tres cordeles; jalé y resultó que se trataba de un peje de gran tamaño, y como no *prendió* saqué el cordel para ponerle nuevo cebo; estando en esta operación dió otra tirada en un segundo cordel, entonces jalé y con resultado, pues hice presa; siguió el pez tirando furiosamente, desamarré el *bongo*, me embarqué, y con mucho cuidado y mayor destreza estuve trabajando con el pez dos horas y media, tiempo que se me hi-

zo muy largo por tan crudas maniobras; D. Miguel Perea—que en ese entonces vivía en el Ingenio «La Candelaria»—al verme desde la orilla en aprietos, vino en otro bongo á prestarme auxilio; cuando se enfrentó á mi pequeña embarcación le pedí una reata para lazarle la espada al pez en caso de dominarlo; pues tenía que habérmelas con el caballero armado de los ríos, con el feroz pez espada, que no teme al tiburón y aun lo pone en fuga cuando combaten rudamente en singular y encarnizada lucha; como mi auxiliante no traía ninguna cuerda, regresó á «La Candelaria» y trajo una fuerte sogá, una elástica reata y un cortante moruno; entretanto, el peje remolcaba mi frágil bongo de tan rápida marcha que parecía el barquichuelo provisto de invisible hélice; sin embargo que D. Miguel bogaba reciamente no podía alcanzarme; pues mi velocidad era, con mucho, mayor que la suya; al fin, fué rindiéndose poco á poco á la ruda brega del rebelde pez espada hasta lograr ponerlo á flote; quedé admirado de su corpulencia; traía ocho rémoras ó *pegas*, adheidas al cuerpo; la rémora es un pez cilíndrico, dotado de tentáculos en las mandíbulas para con ellos adherirse á la piel de otros peces y chuparles la sangre: es el vampiro acuático; el pez espada, incluso el apéndice, calculé á ojo de buen cubero que medía seis metros de tamaño; cuando lo tuve cerca, indiqué á mi compañero que atracara su embarcación al babor de la mía para no zozobrar en la tarea de lazarle al tremendo animal el dentado aditamento; pero mi acompañante hizo la maniobra indicada con tanta precipitación, no censurable en casos de sorpresa, que ocasionó una fuerte sacudida á mi bongo poniéndome en riesgo de naufragar y asustando al asechado pez que se fué al fondo de una soa coleada; entonces yo, sin tener en cuenta el roce de la cuerda, lo sostuve un poco, se ludió la cuerda, *reventó* y el peje se fué río abajo y hasta hoy lo andamos buscando; pues digno es tan grande pez de que figure su apéndice en un museo con igual derecho que la invicta espada del más invicto Díaz de Vivar». Y aquí concluyó la historia de la pesca de un monstruo marino, que, si no fué contada por el mismo pez como se estila

en narraciones de esta especie, es acreedora á figurar en una de las maravillas de los viajes fantásticos de Julio Verne.

A la excesiva abundancia de peces en estos nuestros ríos, se debe un tanto la falta de brazos en las labores agrícolas; pues la gente pobre—que aquí jamás llega á miserable—con una cuerda, un anzuelo, un poco de diligencia y un mucho de paciencia, toma del río su alimento y encuentra seguro recurso para sus más apremiantes necesidades.

El *jolote* se pesca por todos los muelles; y la *cherna* desde cualquier punto de la orilla del río en que se asienta la población; para la *cherna* usan largo y resistente cordel y afilado anzuelo; tiran la cuerda al agua y la ponen tensa sobre lata vacía de petróleo; el dueño del cordel y futuro de la pesca,



se entrega á las tareas que lo ocupan no muy distante del cordel, sin quitar oído, que no ojo, de la lata; otros, menos ocupados, se entran en el cafetín de la plaza, echan su caram-

bola, juegan al golfo, cubriendo la espera con estos entretenimientos; los desocupados, que en algo habrán de ocuparse, aunque sea en hacer tontunas, aprovechan la ausencia del pescador de *cherna* (ó de lo que caiga, como dicen ellos) metido en barajas ó en carambolas, para acercarse con cautela á la lata, tumbarla violentamente de un puntapié, con lo que hace un estruendoso ruido, y volverse á quedar quietos; en oyendo el ruido de la hojalata el que espera una *cherna*, tira el taco ó arroja la baraja, y se precipita hacia el cordel soñando en la grande y envidiable pieza que cogerá una vez que estire fuertemente de la cuerda; y, dando un halón de la cuerda no encuentra resistencia; el de la chuscada, acodándose en la rústica barandilla del muelle se ríe del engaño, y el burlado hace coro á la burla con una carcajada y una interjección propia de casos tales, vuelve á poner tenso el cordel en la lata y tranquilamente se torna á su taco ó á su baraja.

